

Arte y Ciudad: Políticas para el arte público

Alejandro Hernández

Cuál o cuáles pueden ser las relaciones entre el arte y la ciudad es, evidentemente el tema que se ha venido tratando en las distintas mesas de este simposio. Hoy hemos oído hablar de las políticas para el arte público. En principio, de las políticas entendidas en un sentido estricto, quizás estrecho, como gestión y administración, como las estrategias que propicien y hagan posible el arte como algo “público”.

Pero quizás habría que dar un paso atrás y preguntarnos más bien si no toda relación entre arte y ciudad es ya una relación política. Preguntamos también si la misma relación entre el artista y su arte -y hay que subrayar el posesivo: arte- no es también, inevitablemente, una relación política. Bueno es que el tema sea el arte y la ciudad y no el artista y la ciudad, pero si así hubiera sido sería imposible no recordar aquí la platónica expulsión de los artistas (de los poetas, es decir, los productores de obras), expulsión del espacio civil y del campo urbano a la vez (que no son necesariamente lo mismo).

En una serie de ensayos agrupados bajo el título, precisamente, de “El artista y la ciudad”, el filósofo Eugenio Trías explica la necesidad de esta expulsión: en un espacio -el civil- donde todos se encuentran en una relación de interdependencia regulada por ordenes preestablecidos que y que trascienden al individuo -y donde cada cosa es lo que es, dice Trías-, hay uno -el artista- que -usemos este término no con todas sus implicaciones se yergue y nos presenta, nos entrega “su propia obra” resultado de un impulso erótico-poético -una obra que, recurramos ahora Heidegger, abre un mundo para sí, se basta por sí misma. El carácter disolutivo de esta acción, la confusión que a ojos del filósofo político generan los actos y las acciones del artista, justifican su expulsión.

Si no desde siempre, al menos desde la modernidad -esa que empieza, quizá, allá el Renacimiento- y en especial desde el romanticismo, el artista ha sido visto como alguien que se distancia de su propio medio cultural (en un gesto dialéctico que niega la tradición para llegar a una nueva síntesis que la supera), un artista que llega a serlo, como afirma Deleuze acerca del escritor, volviéndose extranjero a su propia lengua, a su propia

cultura. Artista es, hoy, crítico, contestatario, radica. Y por eso: disolutivo de todo orden social y cultural preestablecido.

Se habló aquí, en estos días, del problema del consenso, del *sensus communis*: el sentido común. Caben aquí muchas preguntas: ¿Alguna vez más allá de los libros, el consenso ha sido resultado de un acuerdo libremente asumido entre iguales? ¿No son la cultura y la tradición -necesariamente públicas- formas de asegurar el consenso y, por lo mismo, formas políticas de control -lo que no implica que sean malignas *per se*? ¿La quiebra del consenso debe ser vivida como una pérdida? ¿El arte moderno -como el pensamiento moderno- es causa o efecto de esa quiebra del consenso del sentido común?

El filósofo alemán Peter Sloterdijk dice que -la política, en su concepción clásica, ha significado el arte de la copertenencia de las ciudades- - el arte. Cita también una estadística de 1993 en la que -uno de cada cinco jóvenes alemanes se siente artista o considera deseable el modo de vida del artista; puede suponerse dice que por artista ya no se entiende el artista como creador, sino al último ser humano aureoleado por un permanente flujo de experiencias-. La quiebra del consenso hace que nos preguntemos acerca de las posibilidades de la política en una sociedad de -artistas- - ahí donde la experiencia personal prevalece.

No te preguntes que puede hacer la ciudad por el artista: pregúntale qué puede hacer el artista por la ciudad. Pero entendamos ampliamente ese poder del artista: lo que el artista puede. Cuestionemos a la autoridad, sí, pero empezando, quizá, por el autoritarismo presente en la idea misma del autor - quien tiene el control sobre aquello que puede hacer. Asumamos la fuerza política del arte y el arte de la política más allá de permisos y reglamentos, de intervenciones y monumentos, de becas y reconocimientos.

Todos o muchos aquí quisiéramos que las políticas en plural, en minúsculas y con comillas, las políticas urbanas de nuestros distintos gobiernos nos entregan una Serra en vez de un Sebastián o, peor, de cinco serpientes erguidas que escupen agua. ¿Y eso que? ¿Cuáles son las implicaciones políticas ¿Con mayúsculas? - de que algunos queramos eso en el espacio público de todos, de nadie y otros no lo quieran?

¿Cuál política ¿en singular? Será capaz de propiciar que el arte, en el espacio público, sea eso: público?•